

II- EL ATEISMO DE LOS PROFETAS Y DE MARX

Propedéutica a la afirmación ética de la alteridad⁽⁴¹⁰⁾

"Sus ídolos no son más que oro y plata, son obra de las manos de los hombres. Tienen boca y no hablan, ojos y no ven, orejas y no sienten. Manos mas no palpan, pies y no caminan" (Sal 113, 4-8).

"Riendo les grita Elías a los adoradores de Baal: "Gritad más fuerte, ya que si es cierto que Baal es dios, debe estar ocupado, debe andar de viaje, tal vez está durmiendo o tendrá que despertarse" (1Re 18, 27).

"La crítica del cielo se torna así en la crítica de la tierra, la crítica de la religión en la crítica del derecho, la crítica de la teología en la crítica de la política" (K. Marx, Zur Kritik der hegelschen Rechtsphilosophie, ed. Lieber-Furth, 1971, t. I, p. 489).

"La acumulación originaria viene a desempeñar en economía política el mismo papel que desempeña en teología el pecado original (Sündenfall)..." (Id., Das Kapital I, capítulo XXIV, 1).

"En el verdadero período manufacturero sucedía que la supremacía comercial daba el predominio en el campo de la industria. De aquí el papel predominante que en aquellos tiempos desempeñaba el sistema colonial. Era el dios extranjero que venia a entronizarse en el altar junto a los viejos ídolos de Europa y que un buen día los echaría a todos a rodar de un empujón" (Ibid., capítulo XXIV, 6).

Es demasiado sabido que los profetas de Israel lucharon contra la idolatría. Lo que quizá no ha sido pensado es que dicha lucha significa un cierto ateísmo: es negación de los dioses; es ateísmo de ciertos dioses. Es bueno, por otra parte, recordar que los mismos cristianos fueron acusados por los romanos de no adorar a los dioses y, por ello, iban a los circos acusados de ateísmo. El peor acto de infamia contra el pueblo romano era la negación en adorar la divinidad del emperador. El emperador era dios, es decir, el imperio era sagrado, y por sobre todos los dioses debía rendirse culto al que significaba el poder unitivo del imperio: el poder imperial. Cuando los cristianos, ateos de los dioses romanos, no adoraban al emperador, eran culpables de subversión contra el orden cosmopolita y reos de sacrílega traición a las tradiciones patrias. El mismo Taciano, que acepta las costumbres del imperio, no puede llegar a adorar a sus dioses:

"El sol y la luna fueron hechos por causa nuestra; luego, ¿cómo voy a adorar a los que están a mi servicio? ¿Cómo voy a declarar por dioses a la leña y las piedras?"⁽⁴¹¹⁾.

Nadie entonces debe ni puede escandalizarse porque alguien afirme el ateísmo. La pregunta debe en cambio centrarse de la manera siguiente: ¿Qué "dios" se niega? ¿Por qué? Es bien posible que alguien pretenda negar todos los "dioses" pero de hecho sólo niegue un tipo de divinidad y, por ello mismo, su negación no es sino la propedéutica afirmación del Dios que no niega, y que no niega, en su fundamento, porque no lo conoce siquiera. Tal es la situación de Marx. En los *Manuscritos del año 44* se lee:

"El ateísmo, en cuanto negación de la carencia de esencialidad, carece ya totalmente de sentido, pues el ateísmo es una negación de Dios y afirma, mediante esta negación, la existencia del hombre"⁽⁴¹²⁾.

En esto Marx no hace sino seguir la consigna de Feuerbach: "La tarea de tiempo nuevo es la conversión y la resolución de la teología en la antropología"⁽⁴¹³⁾. Convertir la teología en antropología es un ateísmo. Pero, de nuevo, deberemos preguntarnos de la negación de qué dios se trata, porque si fuera la negación de una mera ideología, dicho ateísmo sería la propedéutica, a través de la antropología, de la afirmación de un Dios alterativo que sólo por la justicia puede ser adorado. Ciertamente, el "dios" que negaron Feuerbach y Marx no era sino el "dios" afirmado por Hegel y el capitalismo industrial y colonialista europeo. Ser ateo de un tal "dios" es condición para poder adorar al Dios de los profetas de Israel. Claro que una tal afirmación es ya "el momento positivo" de un movimiento dialéctico que ahora sólo queremos considerar en su primer momento: el momento negativo, el de la afirmación atea o la negación del "dios" fetiche.

§ 1. Los profetas contra el ídolo, el fetiche

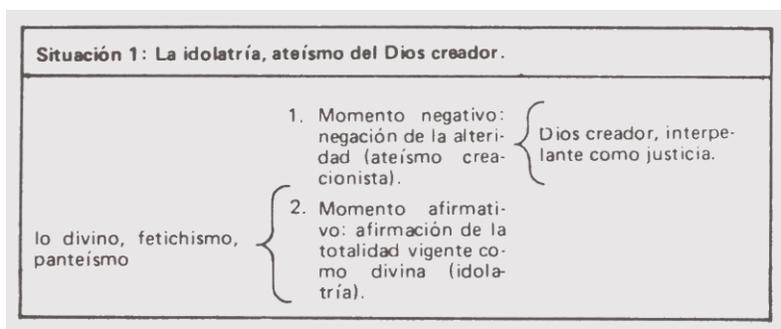
Para los profetas de Israel las "naciones" (*goim*) hablan caldo en un triple pecado: la idolatría, el homicidio y la bestialidad. De las tres faltas la más grave era la primera que fundaba a las restantes. En la metódica profética se puede observar siempre la presencia de ciertas categorías interpretativas que servían a las "escuelas de *nabiim*" (profetas) para lanzar sus violentas interpelaciones al pueblo de Israel y vecinos.

La primera categoría fundamental era la de la *carne* (en hebreo *basar*, en griego *sarx*)⁽⁴¹⁴⁾ que podríamos hoy, en el mundo contemporáneo, traducir por "totalidad". La categoría opuesta a la de la carne es la de espíritu (en hebreo *ruaj*, en griego *pneuma*) que también se le denomina a veces *palabra* (en hebreo *dabar*, en griego *lógos*) que hoy podríamos denominar por "alteridad".

Las "escuelas proféticas" sabían usar hábilmente estas categorías. Así, por ejemplo, el Dios único de Israel -que con el tiempo será el único Dios de todo el universo- será siempre considerado como *anterior* al cosmos creado, como viniendo desde el futuro y la exterioridad de la creatura como tal. Dios creador es la alteridad con respecto al mundo, los astros, los hombres, las naciones y el mismo Israel. Dios irrumpe, interpela, llama, pro-voca desde la "exterioridad" para constituir en el ser, para reimprimir movimiento histórico a las "totalidades" que por el pecado vienen a inmovilizarse en su progreso dialéctico. Es por ello que el único pecado o falta, frustración de la "totalidad" (y por ello del hombre), es "totalizar" la totalidad a tal punto que se la diviniza y con ello no se escucha ya la voz de la exterioridad, único momento que podría relanzar el proceso. Los primeros cuatro mitos del Génesis son relatos simbólicos de los procesos de "totalización" (de la *carne* divinizada) que impiden el aumento cualitativo de la historia.

El mito de Caín y Abel muestra cómo un hermano mata al otro. El fratricidio es la "totalización" de Caín, su implantación como único y como irrebalsable. El único pecado es matar al otro. Al desaparecer la "alteridad" (Abel, el hermano) la *carne* se diviniza: es por ello (y se trata de la misma cuestión) que la serpiente tentante dice a Adán: "seréis como dioses". El pecado, muerte del otro, es divinización totalitaria de la totalidad. Para los profetas la serpiente simboliza la "anterioridad" del pecado en el mundo, es decir, la institucionalización y la posibilidad va cobrando forma y hace que el recién venido al mundo no pueda sino enfrentarse a la tentación de totalizarse, es decir, negar al otro y constituirse como divino, como único. El amor a la totalidad (la carne) como totalizada es entonces negación de la alteridad (el otro, el *espíritu*, la *palabra*) y por lo tanto divinización, es decir, idolatría. El paso, entonces, a los ojos de los profetas, entre el pecado y la idolatría es inmediato. El que mata al otro debe adorarse (o adorar algo que es él mismo proyectado: "el ídolo fabricado por sus manos") como "divino". En este caso el ídólatra, cuya fetichización comenzó por la injusticia del fratricidio o la muerte del otro (que en concreto es muerte del hijo, de la mujer y del anciano por parte del varón adulto), es considerado ateo del Dios creador, alterativo. Es en este caso que Israel enunciaba aquello de: "Dice el ateo en su corazón: no hay Dios". Ese ateo es ateo del Dios creador, del Dios alterativo, del que interpela por la justicia. El ídólatra es ateo del Dios de Israel, del Dios cristiano. Pablo indica cómo los gentiles "estaban sin esperanza y eran ateos (*áttheoi*) en este mundo" (*Ef*, 2, 12),

El ateísmo del Dios creador y alterativo puede esquematizarse de la siguiente manera:



La "lógica de la alteridad", que era manejada por las "escuelas proféticas" con perfecta habilidad, indicaba en su discurso un primer momento; todos los restantes eran corolarios que los profetas supieron mostrar a su pueblo Israel.

La negación de la alteridad, en general, pero concreta y primeramente como injusticia con respecto al que se tiene más cerca (el *rostro* del hermano; *rostro* en hebreo se dice *pué*, que es traducido al griego por *prósopos* y en castellano por persona), el "prójimo" como el que me enfrenta en su *rostro* alterativo, es ya ateísmo del Dios alterativo porque, por una lógica infalible, el que niega a su hermano se afirma como único, como Señor, como dominador. En el lenguaje profético: peca. El pecado es totalización de la totalidad y por ello negación de alteridad. Negar la alteridad es negar al Dios alterativo, es decir, es afirmar a la totalidad (la carne) como divina. El pecado de injusticia con respecto al hombre es pecado de idolatría con respecto a Dios. Es el mismo pecado en sus dos vertientes. Por ello los profetas son los acusadores incorruptibles del pecado como totalización del *orden vigente injusto*, que es lo mismo que decir, contra la divinización del orden político en el poder.

En el origen de la monarquía de Israel se ve claramente el enfrentamiento entre el profetismo y el poder político a constituirse. Samuel no quiere ungir a ningún rey para el pueblo hebreo. El profeta dice:

"Mirad lo que hará el rey: tomará vuestros hijos y los destinará a sus carros de guerra o bien los hará correr delante de su propio carro... Ese día os lamentaréis del rey que habéis elegido..." (1 Sam.8, 11-18).

La posterior dialéctica entre profeta-rey (alteridad-totalidad) muestra cómo el profeta es un resto escatológico de exterioridad que permite siempre poder criticar al sistema. La contradicción entre Samuel-Saúl, se continuará después entre Natán-David, Ajías-Jeroboam, Elías-Ajab, Miqueas-Josafat. Eliseo-Jehu. Isaías-Ezequías, etc. La dialéctica dominador-dominado (el señor-esclavo en el sentido hegeliano nada tiene que ver con el sentido profético de esa dialéctica) se juega dentro de la totalidad (la carne) como pecado. Y es justamente como alteridad que el profeta se enfrenta a la totalidad idolatrizada para mostrar la injusticia de la dominación y de la represión como el reverso del ateísmo del Dios creador o de la afirmación fetichista del sistema.

Se acusa a la totalidad, al sistema, al rey (sea de Israel, de Judá, de Egipto como faraón con respecto a Moisés, o de todos los pueblos u "órdenes," constituídos) del único pecado bipolar: idolatría e injusticia, es decir, negación de la alteridad y afirmación de la totalidad como única teológica y político-económicamente hablando:

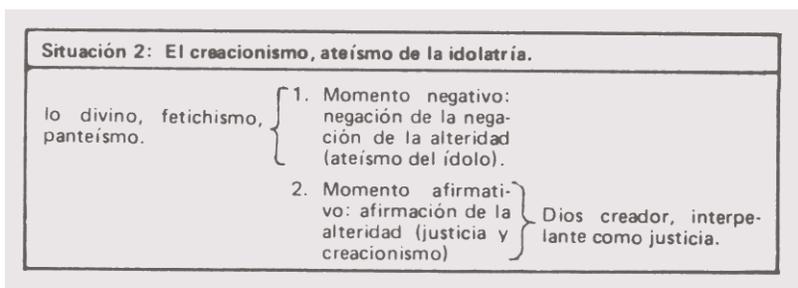
"Cuando Ajab (el rey) vio a Elías (el profeta), le dijo: "He aquí la plaga de Israel". Contestó Elías: "No soy yo la plaga de Israel, sino tú y tu familia, que han abandonado los mandamientos de Yahvé para servir a Baal" (1 Re 18, 17-18).

Como puede verse, la totalidad no acepta la crítica alterativa del profeta. El reverso, siempre presente en todos los profetas no se deja esperar:

"Pobre de aquellos que dictan leyes injustas y saben escribir para decretar la opresión. Para despojar a los pobres de sus derechos e impedir que se les haga justicia, para robar a las viudas y despojar a los huérfanos" (Is 10, 1-2).

Una vez que el "sistema" se ha divinizado es posible en nombre del derecho divino oprimir al débil, a la mujer, al niño, al anciano. Es por ello que la "lógica de la alteridad", el método de las "escuelas proféticas", queda bien expresada en el siguiente discurso o curso racional: "No tendrás otros dioses delante de mí... No matarás... No robarás..." (Dt 5, 7-19). Poco o nada, en verdad, se ha pensado sobre esta dialéctica negativa metafísica. El que se diviniza instituyendo dioses intrasistemáticos niega al Dios alterativo; al negar la alteridad niega al otro, al hermano, a la mujer, al niño, al anciano: propone entonces su dominador poder como lo único, se diviniza. La divinización de la totalidad es el fruto y el fundamento ideológico de la injusticia antropológica, política, económica. *No* divinizar la totalidad, *no* matar, *no* robar no son propuestas negativas, sino negación de negación: *no* al *no* al Dios alterativo; *no* al *no* a la vida; *no* al *no* a la posibilidad del otro. *No-matar* es *no-al-no-a-la-vida del otro*, es decir, respeto o amor al otro en la justicia.

Así, el profeta se encuentra en la situación de que debe negar la negación del totalizado, dominador, injusto, idólatra, fetichista. *No* a la negación del Dios alterativo es *no* al ídolo; *no* a la negación de justicia es *no* al orden político-económico imperante. De pronto, entonces, el profeta deviene ateo del ídolo y político-subversivo del orden injusto vigente. Nos encontramos en el reverso de la anterior cuestión:



El proceso de totalización se indica cuando se afirma:

"Fabricanos un Dios que nos lleve adelante... y fabricó una imagen de becerro de oro batido" (Ex 32, 1-4).

La praxis atea del profeta con respecto al ídolo se expresa en la fórmula:

"Moisés... lleno de rabia... tomó el becerro que hablan fabricado, lo quemó y lo machacó hasta reducirlo a polvo" (Ex 32, 19-20).

El ídolo, el sistema o la totalidad (la carne en tanto totalizada) es como el amante. El que accede y lo adora es una prostituta, ya que se vende al mejor postor:

"Anda y cástate con una de esas mujeres que se entregan a la prostitución... -asi significa el profeta lo que acontece con su pueblo-, porque el país se está prostituyendo al apartarse de Yahvé" (Os 1, 2).

Es la prostitución política del sistema:

"Efraim era un burro orgulloso. Mirad cómo subió a Asiria llevando regalos a sus amantes. Sin embargo, por más que ofrezcan regalos a las naciones (goim) yo las reuniré contra ellos. Dentro de poco gemirán bajo los impuestos que habrán de pagarle al rey de los príncipes" (Os 8, 9-10) .

La idolatría se torna injusticia: el opresor divinizado domina al débil; si éste acepta la divinidad del fuerte es como una prostituta, porque acepta la causa de su dominación y se vende. El profeta clama:

"No hay (en esta tierra) ni fidelidad ni amor, ni afirmación de Dios (alterativo). Sólo hay juramento en falso y mentiras, asesinatos y robos, adulterio y violencia, sangre y más sangre..." (Os 4, 1-2).

Acto seguido se da la razón de dichas injusticias:

"Por eso mi pueblo consulta a los maderos y cree que un palo le dará respuesta, pues está poseído de un espíritu de prostitución y abandonan a su Dios para prostituirse" (Os 4, 12)⁽⁴¹⁵⁾.

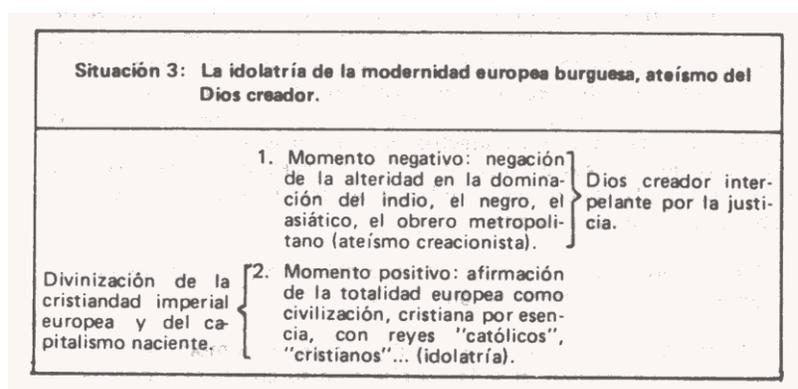
El ateísmo de la idolatría es el primer momento, el momento negativo del movimiento dialéctico de los profetas. El segundo momento, el afirmativo, es la proclamación de un Dios que se revela por el pobre, la viuda y el huérfano, por el que siendo exterior al sistema o la totalidad es acogido y servido por el que tiene el oído atento y el corazón presto a la justicia, al otro. El que se totaliza es ateo del Dios alterativo, adorador fetichista del dios producto del hombre: idólatra.

§ 2. *Marx contra el ídolo moderno, el dinero*

Queremos enunciar desde su inicio nuestra tesis: Marx repite el primer momento o el momento negativo de la dialéctica profética, es decir, la negación de la divinidad del ídolo, pero no llega al momento afirmativo o positivo sino sólo como antropología. La imposibilidad de afirmar un Dios alterativo, momento necesario y fundante de la irreversibilidad de la afirmación del fetichismo, le era imposible porque cayó en una limitación de su generación, de Feuerbach especialmente, la de confundir el "dios" de Hegel (que no es sino la totalidad sacralizada) con todo "dios" posible, incluso el Dios alterativo de Israel y el cristianismo. La no afirmación de un Dios alterativo permitirá posteriormente a la burocracia afirmarse a sí misma como la realización sacral irrebasable de un orden socialista efectuado, sin poder ya encontrar en ninguna exterioridad el punto de apoyo de su propia crítica. Pero, por otra parte⁽⁴¹⁶⁾, y en concreto en América Latina, hará del marxismo un movimiento de élites intelectuales que no pueden conectar ni servir al poder creativo del pueblo en cuanto a mítica y simbolismo religioso se refiere. Es decir, la creatividad simbólica de un pueblo será despreciada por la racionalización europeizante de marxistas "ortodoxos" con lo cual la reacción podrá volver contra el pueblo oprimido los mismos símbolos y mitos que nacieron en su sufrimiento, su trabajo, su cotidianidad creadora en cuanto exterioridad del sistema. Así como debemos saber de qué tipo de ateísmo se habla (si era negador del Ídolo o del Dios creador), así también hemos de preguntarnos cuál religión es alienante u opio del pueblo oprimido (la que sacraliza el orden establecido o la que lo desacraliza para relanzarlo hacia adelante: no debe olvidarse que la religión judeo-cristiana es desacralizadora del cosmos y de todo orden político o económico, ya que no puede adorar a una creatura). Los equívocos fueron inevitables para un europeo del siglo XIX, pero no ya para un latinoamericano del siglo XX.

Con respecto a la cuestión de la divinización o fetichización del sistema capitalista, el Marx de la juventud pensó igual que el de su definitiva madurez⁽⁴¹⁷⁾.

En su juventud sufrió el influjo de una polémica sin igual que Schelling lanzó en 1841 con sus famosos cursos. Por ello Marx dirá que "los héroes del pensamiento se derribaban los unos a los otros con inaudita celeridad y en los tres años que transcurrieron de 1842 a 1845 se removió el suelo de Alemania"⁽⁴¹⁸⁾. Marx aceptó lo esencial del discurso antiteológico de Feuerbach -y por lo tanto sus limitaciones-. Para el Feuerbach de 1843 (que ya había escrito *La esencia del cristianismo*, 1841-1843, *Tesis para la reforma de la filosofía*, 1842, y *Principios fundamentales de la filosofía del futuro*, 1843) la cuestión se puede resumir así: en primer lugar, se indica que la cuestión de "dios" se introduce como teísmo; en segundo lugar, se supera el teísmo en el panteísmo⁽⁴¹⁹⁾; en tercer lugar, se indica cómo la metafísica de la identidad racional de Hegel es un cierto panteísmo; en cuarto lugar, demuestra cómo esa divinización no es sino la divinización de la razón, un momento del ser del hombre. Por ello Feuerbach propone un ateísmo con respecto al "dios" de Hegel y la apertura hacia una antropología que permita descubrir al hombre sensible, a otro hombre⁽⁴²⁰⁾. Marx no se opondrá sólo a la divinización racionalizada del sujeto hegeliano, sino igualmente a la divinización del orden político económico que la *Filosofía del derecho* fundaba. Se trata de una crítica a la divinización de una estructura de injusticia. Sin embargo, a él como a Feuerbach, se les había pasado desapercibido un primer momento negativo propio de la fetichización o estado idolátrico del sistema. Es decir, no habían considerado que la modernidad europea había pasado primero por la situación que más arriba hemos denominado el "ateísmo del Dios creador":



Feuerbach y Marx, pero no Kierkegaard en su lúcida crítica a la cristiandad en nombre del cristianismo, identificaron al "dios" hegeliano,

que no era sino la sacralización del "yo" europeo, imperial y recientemente capitalista, con todo "dios" posible. No descubrieron el proceso anterior a la modernidad, o en su propio origen, que negando la alteridad del pobre, de Dios ya que es su epifanía, se divinizó a sí mismo. La conquista de América fue ya un primer hecho mayor: "Se descubrió una boca del infierno por la cual entra cada año gran cantidad de gente que la codicia de los españoles sacrifica a su dios, y es una mina de plata que se llama Potosí"⁽⁴²¹⁾, decía el que sería primer obispo de La Plata el 1 de julio de 1550. Aquel cristiano del siglo XVI veía claramente que el oro y la plata eran el "dios" al que adoraba el conquistador, nuevo "dios" de la modernidad europea. A dicho "dios" se inmolvaban los indios que morían en las minas. Puede entonces verse la interpretación teológica de un hecho económico-político: la boca de la mina era un nuevo Moloch que comía hombres. Se trata de la idolatría del hombre moderno europeo: ha fetichizado el oro y la plata, el dinero, el capital, *ha negado al Dios creador* alterativo que interpela como justicia, se ha divinizado a sí mismo como sistema explotador del hombre para aumentar la riqueza.

Marx se enfrenta al hecho de un sistema ya divinizado, ya idolátrico, a una religión que europeizada y totalizada ha ya negado al Dios otro, alterativo, escatológico. Piensa la religión, exclusivamente, como la religión de la cristiandad⁽⁴²²⁾ europea, sea católica, cristiana luterana o calvinista. La "religión" en la que piensa Marx es, de hecho, la organizada desde la divinización del *cogito* europeo (Spinoza), del estado individualista burgués (Hegel).

Marx se levanta para negar esa divinización fetichista, idolátrica. Por ello repite el primer momento negativo de los profetas: negación del ídolo como dios, ateísmo entonces del ídolo. Pero en dos aspectos se denota la limitación de su negatividad dialéctica: primero, en que no se da cuenta que su negación es negación de la negación de un Dios alterativo; segundo, la dicha negación debe ser la propedéutica a la afirmación de un Dios alterativo que permite tener un punto de apoyo de exterioridad suficiente para poder efectuar nuevas críticas en todo orden futuro posible. Sin esa afirmación, al fin la negación de la idolatría o el fetichismo del dinero puede volver a cerrarse en una nueva idolatría: la burocracia rusa por ejemplo.

Veamos los textos del joven Marx y del definitivo, para demostrar lo acertado de esta interpretación.

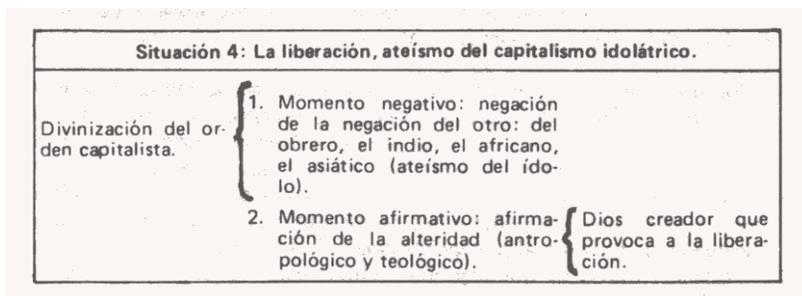
"El fundamento de la crítica irreligiosa es: el hombre hace la religión"⁽⁴²³⁾. La religión, si se la considera en su contexto económico-político es, por último, "el opio del pueblo"⁽⁴²⁴⁾, y, en ese sentido, su "existencia es un defecto"⁽⁴²⁵⁾. Se trata de la sacralización del sistema. Dicha idolátrica divinización se concreta en la adoración del dinero. Por

una parte "el trabajo produce su producto, que le enfrenta como un ser extraño (*fremdes Wesen*), como un *poder* independiente (*unabhängige*) del productor"⁽⁴²⁶⁾. Cuando ese ser independiente sea poseído por otro que el trabajador, se produce la alienación del ser del obrero. La propiedad privada viene a institucionalizar ese despojo, siendo por ello el mal originario. Es así que se inmolan hombres por "el dinero, en cuanto posee la propiedad de comprarlo todo... Es la divinidad visible... Es la prostituta universal... Es la fuerza divina del dinero"⁽⁴²⁷⁾.

"El dinero es la verdadera fuerza *creadora*"⁽⁴²⁸⁾. El ateísmo, como negación de la divinidad del dinero, de la totalidad del sistema capitalista, tiene sentido para Marx como un primer momento solamente. Nos dice:

"El ateísmo -como ya hemos dicho-, en cuanto negación de esta carencia de esencialidad, carece ya totalmente de sentido (en cuanto afirmación), pues el ateísmo es una negación de dios y afirma, mediante esta negación, la existencia del hombre"⁽⁴²⁹⁾.

Es decir, y es claro, Marx como los profetas niega al "dios" idolátrico (en este caso el dinero) y aquí el ateísmo tiene sentido, pero en cuanto afirmación no dice nada (como Feuerbach), sólo cabe afirmar al hombre como socialismo. Pero, en este caso, sin advertirlo, podría andar fundamentos para la sacralización del primer socialismo que pretenda ser tal. Veamos esto de nuevo, recurriendo al esquema antes indicado y a unos textos definitivos de *El capital*:



En *El capital* se habla del "fetichismo (*Fetischcharacter*) de la mercancía y su secreto"⁽⁴³⁰⁾, cuestión que está llena "de sutilezas metafísicas y de resabios teológicos"⁽⁴³¹⁾.

"Por eso, si queremos encontrar una analogía a este fenómeno, tenemos que remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión, donde los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente"⁽⁴³²⁾,

y relacionados entre si y con los hombres... Esto es lo que yo llamo fetichismo bajo el que se presentan los productos del trabajo... Este carácter fetichista del mundo de las mercancías responde al carácter social genuino y peculiar del trabajo productor de mercancías"⁽⁴³³⁾.

Y, como Marx sólo conocía la descripción privatizante del cristianismo que había llegado a él a través de Hegel y su generación pudo decir:

"Para una sociedad de productores de mercancías, cuyo régimen social de producción consiste en comportarse respecto a sus productos como mercancías y en relacionar sus trabajos privados como modalidades del mismo trabajo humano, la forma de religión más adecuada es, indudablemente, el cristianismo, con su culto del hombre abstracto, sobre todo en su modalidad burguesa, bajo la forma de protestantismo, deísmo, etc."⁽⁴³⁴⁾.

En este texto puede verse claramente la identificación de la totalización burguesa efectuada en Europa como transformación de la cristiandad latina medieval con el cristianismo como tal. Para Marx, la realidad económico-política de Europa tal como la interpretaba Hegel y su generación era el cristianismo, la única religión posible. Es decir, la negación de la "divinización del orden capitalista" (momento negativo de la situación 2 de los esquemas propuestos) era, al mismo tiempo, la negación de toda religión, de todo "dios" o alteridad. Había una afirmación, pero era sólo antropológica (como orden futuro socialista, reconciliación final del proceso próximo, al menos).

Por otra parte, para poder afirmar al hombre como realidad genérica, como humanidad liberada, era necesario no sólo enunciar el ateísmo del fetichismo del dinero, sino indicar la forma concreta de dicho fetichismo, el mal primero u originario. Es aquí donde debemos valorar el texto puesto al comienzo de este corto trabajo: La "acumulación originaria viene a desempeñar en economía política el mismo papel que desempeña en teología el *pecado original*..."⁽⁴³⁵⁾. La acumulación inicial indica el hecho de que algunos "acumulaban riquezas y otros acabaron por no tener ya nada que vender más que su pellejo":

"De este pecado original arranca la pobreza de la gran mayoría, que todavía hoy, a pesar de lo mucho que trabajan, no tienen nada que vender más que sus personas"⁽⁴³⁶⁾.

Pero nuestro autor es mucho más preciso todavía históricamente:

"El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento de las

minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias occidentales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista...⁽⁴³⁷⁾.

Quiere entonces decir que el ateísmo del fetichismo del dinero, que es el ateísmo que Marx explícitamente ejerció, ya que él mismo indica que otro ateísmo es innecesario porque después de la negación viene la afirmación del hombre, nos lo muestra como una verdadera propedéutica a la afirmación del pobre, del obrero europeo, del indio americano, el esclavo africano y el asiático de la guerra del opio⁽⁴³⁸⁾. Esta negación de la divinidad del sistema y la acusación de las injusticias que se cometen en nombre de un "dios" (que en verdad es un ídolo producido por el mismo sistema) las pronunció en pleno siglo XVI, sin implementación económico-política a nivel científico, Bartolomé de las Casas cuando delataba "las tiranías y opresiones, fuerza y agravios que padecen mis ovejas, los indios naturales de todo aquel obispado de los españoles, en especial de los excesivos tributos y vexaciones y en los servicios personales y en cargallos como a bestias noches y días, y en tener muchos hombres y mujeres libres por esclavos..."⁽⁴³⁹⁾.

Marx entonces piensa que la afirmación del hombre se efectúa en la praxis, en la negación de la negación del ser humano, en la negación de la acumulación primitiva en manos de pocos y transmitida después en herencia. La afirmación del hombre se alcanzaría por la negación de la propiedad privada, que es la determinación concreta de la acumulación o el mal originario histórico. La propiedad privada, como institucionalización de la posesión del dinero y su fetichismo, es algo así como el culto y la divinización del sistema. La eliminación de dicha propiedad debe comenzar por ser ateísmo del dinero, para después ser socialización de dichos bienes en manos de los oprimidos, la mayoría. Hasta aquí Marx puede identificarse con los profetas.

La diferencia estriba en que Marx no llegó a la afirmación alterativa absoluta, con lo cual redujo su propuesta revolucionaria a ser una planificación racionalizada económico-política falta de trascendencia simbólica. Indujo con ello a sus seguidores meramente imitativos a afirmar un ateísmo del Dios trascendente, negar por lo tanto una religión subversivo-escatológica y también negar el sentido liberador de lo mítico y simbólico, con lo cual permitió a la burguesía, a la oligarquía, a la reacción apropiarse de los mitos y símbolos de la creatividad popular (epifanía de Dios y voz de justicia como exterioridad del sistema) y volverlos represores al nivel ideológico. En América Latina esto es de urgente actualidad, dada la presencia arraigada en el *êthos* popular de una religiosidad profunda. Hidalgo, cura, se levantó tras una imagen de la Guadalupana con su ejército de indios y mestizos. El socialismo latinoamericano tiene delante de sí, entonces, la tarea de relanzar la

dialéctica atea de Marx, momento negativo en el que simplemente se niega la negación del Dios creador, hacia una afirmación alterativa donde lo religioso recupere su sentido liberador, crítico profético, subversivo en cuanto que sabe arriesgar todo, hasta la vida, por un orden de justicia que anticipe el reino escatológico, meta de una esperanza sin límite.

Es por ello que tiene razón Ernest Bloch -aunque con otro sentido del que él le da- de que "sólo un ateo puede ser buen cristiano, sabiéndose también que sólo un cristiano puede ser buen ateo"⁽⁴⁴⁰⁾. Es decir, sólo un ateo del ídolo o del sistema (la totalidad o la *carne* de los profetas) puede ser buen cristiano (ya que afirma un Dios alterativo, pro-vocador y liberador hacia un límite infinito de justicia); y al mismo tiempo, un cristiano (que afirma el mundo y todo sistema como creado: como no divino) puede ser un buen ateo (del sistema). Es necesario entonces, no sólo por beneficios tácticos, sino por la estrategia de la verdad histórica y escatológica, no sólo negar la negación o el ídolo del capitalismo, sino afirmar la alteridad divina en una América latina donde el mundo religioso, mítico, simbólico significa un momento efectivamente liberador.